

Marina Sarria Casado
IES Leonardo de Chabacier (Calatayud)
ARAGÓN



Te lo dijo la luna

Era una fría noche. El pasto se mostraba oscuro y sólo unos pocos destellos de la luz de la luna conseguían iluminar el tejado maltrecho de aquel abandonado granero. Todo se mostraba silencioso, de hecho, un silencio tan sepulcral conseguiría con certeza hacer callar a un mudo. Ni una mísera alma hacía acto de presencia, hasta que una figura desconocida irrumpía en la derruida edificación, adentrándose en esta a través de uno de los orificios el techo. Aquel ente decidió sentarse en una de las carcomidas vigas de madera las cuales amenazaban con derrumbarse en cualquier momento. Fue en aquel instante cuando un oportuno rayo de luna iluminó en su totalidad la anatomía de aquel ser. Se trataba de un muchacho de apariencia humana, joven, alto y con sus facciones, tales como su mandíbula y pómulos, muy bien marcadas. Mostraba su torso desnudo y de cintura para abajo únicamente era portador de unos vaqueros pitillo con múltiples rasgaduras.

Parecía un chico completamente normal hasta que unas grandes alas negras salieron desplegándose con majestuosidad de su espalda, pues aquello era lo que le mantenía sobre la estructura en aquellas deplorables condiciones. Por unos minutos, la falta de sonido alguno continuaba reinando, pero llegó un momento en el que el chico levantó la vista y observó a la luna. Sus ojos estaban cristalizados, una fina capa de cristal líquido cubría sus globos oculares, pero el frío puño de acero de su dolor, consiguió romper aquel cristal, haciendo que aquellos guijarros se convirtiesen en lágrimas.

-¿Qué te ocurre, Xýan?- Preguntó una voz grave y resonante, haciendo que el muchacho de cabellos rojizos elevase su rostro al cielo, entre sollozos.

-¿Por qué me quieres aquí...?- Musitó él, su voz estaba rota por el llanto y su mano se mostró temblorosa cuando Xýan se levantó, dirigiéndola a su bolsillo, en el cual se distinguía un perceptible bulto. Al sacar el joven sus falanges del bolsillo y al abrir estas, la luna dejó a la vista con su brillante luz, un pequeño reloj de arena, el cual portaba en su interior granos del mismo color que los cabellos del chico.

-¿A qué viene esa pregunta? Consúltale al tiempo, no a mí. Fue una respuesta fría pero lógica. El pelirrojo contuvo aquel inminente ataque de rabia y miró a la luna con sus bellos temblorosos y aún con lágrimas resbalando por sus mejillas.

-El tiempo no me escucha, mi ama...

-Que no te responda no significa que no te escuche, Xýan.- Respondió el satélite.

El chico apretaba con fuerza el artefacto entre los dedos de su mano derecha, pero llegó un punto en el que el objeto cedió.

Un "crack" retumbó en la sala, acompañado de un ronco quejido ahogado. Algunos cristales cayeron al suelo mientras la arena se escapaba lentamente entre los dedos de Xýan.

-Ya me hicieron daño,
ya me traicionaron,
ya me rompieron el corazón,
ya me ilusionaron,
dejé de hablar,
dejé de dormir,
dejé de comer,
ya comprendí que soy un error,
por favor, ¿Puedo irme ya?

Él se mostraba como se sentía: destrozado. Aquellas palabras salían de sus labios fuertes pero vulnerables.

-No.- Dijo la luna de forma tajante. -Lo siento, Xýan pero no puedes irte.

-¿Por qué?!- Exclamó él, llevándose sus sangrientas manos a la cabeza, enredando sus dedos en sus cabellos color fuego.

-Porque así es la vida, joven, ¿no querías ser híbrido de un mortal?

-Ya, pero...- Susurró él, tratando de rebatir las sensatas palabras de la luna.

-No hay peros que valgan, Xýan. Tú elegiste ser así, eres dueño de tu destino. No es cuestión de arrepentirse, un "si fuera" o un "ojalá" no son suficientes para cambiar tu destino.

La vida en ocasiones es dolor, pero no mucho que te arda, debes continuar, y más en tu caso.

-Ellos me dicen loco... - Habló, frunciendo el ceño y esbozando un mohín como si de un crío se tratase.

-¿Loco? ¿Por qué?

-Sólo mírame. Soy distinto, diferente, raro.- Justificó el, acariciándose las plumas de sus alas negro.

-No estás loco, eres peculiar, nada más.

-¿Y si me preguntan quién me dijo eso?- Musitó Xýan, aún sollozando y buscando los ojos de la luna con su mirada, pues ella era la única que era capaz de consolarle como es debido.

La luna inspiró hondo para después, susurrar de forma grave en una ráfaga de aquel frío viento, un suave:

-Diles que te lo dijo la luna.